

para los despachos, y de este modo se redactó la comunicación.

Albornoz formuló contra él un verdadero proceso, acusándole de avaro y desleal, y como no faltaban los descontentos al lado del caudillo, robustecieron con su apoyo las acusaciones del contador.

Capítulo XLV.

Ambiciones.

Envalentonados los descontentos con la llegada de los nuevos funcionarios, comenzaron á manifestar sus malas pasiones.

No hay para qué decir que Anton Perez fomentaba aquellas disensiones, porque se prometía sacar partido de ellas.

—Bien se vé,—les decia,—la injusticia que ha presidido en el repartimiento de terrenos, y á la verdad que no se comprende, siendo, segun creo, tan amigo de la equidad Hernan Cortés.

—No lo creais: unos cuantos de los que andan á su alrededor, de los que le adulan, son los que en todas ocasiones obtienen beneficios; y en cambio, los que continuamente hemos expuesto nuestra vida en

servicio del emperador, alcanzamos mezquinas recompensas.

—No es todo oro lo que reluce.

No falta quien diga que los que han salido más favorecidos en el reparto, es por que su dinero les ha costado. Parece ser que nuestro caudillo ha vendido parte del terreno; pero como esto seria muy escandaloso, ha convenido con los compradores en que era una donacion que les hacia en premio de sus servicios.

—Se halla dominado por el demonio de la ambicion, y no es extraño que haga eso y mucho más.

Los rumores de los descontentos llegaron á oidos de Hernan Cortés, y para deshacerse de aquellos desleales, aprovechó la primera ocasion favorable.

Los enviados del emperador le decian continuamente:

—Nuestro monarca desea vivamente que busqueis el estrecho para ir á los Molucos. No quiere sostener pleitos con Portugal sobre la especería, y con preferencia debeis dedicaros á cumplir este encargo.

Hernan Cortés acogió con júbilo la idea, porque ella le proporcionaba los medios de alejar de su lado á los revoltosos.

Así, pues, envió desde Veragua á Yucatan, á Pedrarias de Avila, á Gil Gonzalez y á otros.

Creia, en efecto, que el estrecho existia, y fundaba esta creencia en la tierra firme que habia hallado Cristóbal Colon cuando fué á explorar aquellos paisés.

Pedrarias de Avila, que era de los que más descontentos se manifestaban, propuso á Francisco Hernandez, uno de los que le acompañaban, conquistar y poblar las villas que corriesen, en vez de dedicarse á buscar el estrecho.

—Tiempo es ya,—le decia,—de que sacudamos el yugo que venimos sufriendo.

—Dices bien; antes podian alucinarnos las promesas de Cortés; pero ahora ya sabemos á qué atañernos.

—Ya has visto el pago que han merecido nuestros servicios, siendo así que á ellos ha debido todos los triunfos.

—Es un ambicioso, y mientras percanecemos á sus órdenes, no saldremos de la mísera condicion de esclavos.

—Ya que la ocasion es propicia, provechémonos de ella. Por otra parte la estrella de Cortés vá empezando á eclipsarse.

—¿Por qué dices eso?

—O mucho me equivoco, ó se aproxima el dia en que purgue cuanto nos ha hecho sufrir.

—¿Y en qué te fundas?

—En noticias que bajo reserva me ha confiado uno de los elérgos. Has de saber que nuestro caudillo oculta cautelosamente inmensos tesoros; pero el diablo, que no duerme, ha tirado de la manta.

—¿Acaso se han descubierto esos tesoros?

—Descubrirse precisamente, no; pero ha llegado su proceder á oidos del contador nuevamente nom-

brado, ya sabes de Albornoz, y este le ha pedido estrechas cuentas.

—Entonces no habrá tenido más remedio que confesar.

—¡Que si quieres! Ha negado rotundamente, y esto es lo que ha de perderle. Indignado el contador, ha escrito al monarca noticiándole lo que ocurre, y pronto vendrá alguna resolución que hará humillar la soberbia de nuestro jefe.

—Mucho me alegraré.

Pero no perdamos tiempo. Avancemos en nuestra expedición, y hagámonos dueños de las poblaciones que aún no se han sometido á nuestro caudillo.

—Me halaga tu plan; pero no creo tan fácil el realizarlo.

—Pues yo no encuentro dificultad. ¿No comprendes que, presentándonos hostiles á Cortés, hallaremos buena acogida?

—Sí; pero despues...

—Despues... ¿Para qué es el ingenio? Por medio de la astucia nos erigimos en jefes. Además, que haciendo un escarmiento á tiempo, se someterán todos á nuestra voluntad. Figúrate el porvenir que nos aguarda, si las cosas salen como las proyectamos.

—No tendremos que envidiar nada á Hernan Cortés.

—Y hasta es posible que el monarca nos perdone, en gracia de nuestro atrevimiento.

—Y aunque no nos perdone, poco debe impor-

tarnos. Así como así, ya hace mucho tiempo que estamos fuera de nuestra patria; de forma que en teniendo dinero podríamos ir á acabar nuestros dias á otro país cualquiera.

—Dices bien, habiendo dinero en el último rincón del mundo se encuentra un paraíso.

—Tiempo es ya de descansar.

—Pues no es eso sólo lo que á mí me anima en la empresa, sino el deseo de demostrar al mundo que, aunque estamos confundidos entre la multitud, late en nosotros un corazón capaz de llevar á cabo las más arriagadas empresas.

Poblaron á Nicaragua y llegaron hasta Honduras.

Se felicitaban por aquel primer triunfo, y hacían mil cálculos para el porvenir, cuando supieron una noticia que les consternó.

Algunos indios les avisaron de que hácia donde se hallaban se dirigían españoles, y comprendieron que vendrían á desalojarles del territorio conquistado.

Así era, en efecto.

Hernan Cortés empezó á sospechar de su tardanza y envió á Jorge Nieto á averiguar qué la motivaba.

Llevaba este capitán amplias facultades, de las que abusó como veremos á su tiempo.

Destruyó y despojó á Francisco Hernandez, comenzó á conquistar aquella tierra, y viendo que la fortuna le era propicia y deseando ensanchar los horizontes de su ambición, se dirigió á Cuba.

No podia imaginar el ilustre caudillo que aquel capitan, que tanta confianza le merecia, habia de faltar tan villanamente á sus deberes.

Veamos lo que sucedió.

Capítulo XLVI.

Abuso de confianza.

Jorge Nieto apenas llegó á la Habana, se presentó á Contreras, á quien Cortés habia comisionado para comprar caballos, provisiones y otras cosas.

Mostrándole las órdenes que llevaba del caudillo, que como hemos dicho antes, le habia concedido amplias facultades, se incautó de todo.

Para que se forme una idea del alto precio á que se habian adquirido todas aquellas cosas, diremos que la fanega de maiz costaba dos pesos de oro, la de judías cuatro y la de garbanzos nueve.

La arroba de aceite se vendia á tres pesos, y la de vinagre á cuatro. La ristra de ajos dos pesos.

Pero si los comestibles costaban caros no era me-

nor relativamente el precio de las armas y otras cosas.

Vendíase la arroba de velas de sebo á nueve pesos, la de jabon á igual precio, el quintal de estopa á cuatro pesos, el de hierro á seis, una lanza un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y una escopeta ciento; un par de zapatos otro peso de oro y una piel de vaca doce.

Ganaba un maestro de nae ochocientos pesos cada mes, y con esta carestía no hay que extrañar que gastase Cortés en aquella armada treinta mil castellanos.

Entre tanto que se cargaban y proveían las naos de estos bastimentos y de agua y leña, aguijoneado por la ambicion:

—Debo jugar el todo por el todo,—dijo;—exploraré el ánimo de los que aquí hay, y si noto el menor desvío hácia Cortés abordo la cuestion. ¡Qué diantre! Cuando la fortuna se me entra por las puertas, seria un nécio en despreciarla. Los años se van pasando sin sentir, y es necesario hacer algo para descansar en la vejez. Hablaré á Juan del Ruano, al bachiller Parada y al provisor Moreno, y confío en que se asociarán á mi proyecto. Eran muy amigos de Velazquez, y desearán vengarse de Hernan Cortés.

Les habló, en efecto; sin aventurar proposicion alguna que pudiera comprometerle, y no viéndoles muy dispuestos á secundar sus propósitos, se despidió sin excitar en ellos la menor sospecha.

Continuando su expedicion, fué á desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos.

En la travesía sufrió un fuerte temporal, que le puso en gran peligro.

El dia que desembarcó era el 3 de Mayo, y por esta razon llamó al pueblo que fundó Triunfo de la Cruz.

Apenas tomó posesion, nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que Cortés señaló en Méjico.

Tambien llevó á cabo otras resoluciones importantes á nombre del emperador Carlos V, y en virtud de los poderes con que le habia revestido su ilustre jefe.

Parecia que al dictar estas medidas obedecia al deseo de asegurar la vida de los parientes y criados de Cortés, y al de fortalecerse muy bien para reconocer despues aquella tierra.

Pero el tiempo demostró que le impulsaban miras bastardas.

Nadie dudó, pues, de sus intenciones cuando vieron que se mostraba hostil á Cortés y que aprovechaba todas las ocasiones para desprestigiarle.

No se atrevian, sin embargo, á murmurar en su presencia ni á contradecirle en lo más mínimo, porque amenazaba con la pena de horca al que tratase de desobedecerle.

Para más afianzar su poderio, además del terror se valió de los halagos.

Prometió oficios, obispados y audiencias á mu-

chos, y unos por temor y otros por ambicion, todos se sometian á sus caprichos.

Fija siempre en su imaginacion la idea de realizar sus sueños de gloria, de poderío:

—A la verdad que Cortés se ha anticipado á mis deseos.

Los poderes que me ha conferido me autorizan para arrojar de la tierra y costa á Gil Gonzalez de Avila.

Por algo se empieza; y lo que es esta vez, no temo que me suceda lo que en Cuba.

Al ver las órdenes tan terminantes que llevo, no opondrá resistencia; pero si la opone, tanto peor para él y para los que le secundan.

Llegó á San Gil de Buenavista, y dirigiéndose á Gil Gonzalez, que habia poblado aquella tierra:

—Siento ser yo el encargado de llevar á cabo una mision importante de Hernan Cortés; y digo que lo siento, porque mi carácter se rebela al tener que castigar á un capitan tan valiente como vos.

—No os comprendo,

—Leed estos despachos, y os convencereis de la triste verdad de lo que os digo.

Su interlocutor obedeció.

Apenas terminó la lectura, ardiendo en ira:

—¿Y quién me asegura que no son falsos estos documentos?

—Ved lo que decís, porque á mí nadie me insulta impunemente.

—No ha sido mi ánimo insultaros. De otro modo, lo hubiera hecho sin embajes ni rodeos.

—Abreviemos.

—Sea como gustéis.

—¿Reconoceis la autenticidad de estos despachos?

—Ya habeis oido mi opinion, de que pudieran ser apócrifos.

—Eso no es contestar categóricamente.

—¿Pues qué quereis que diga?

—Si los reconocéis ó no como verdaderos.

—Ya que me poneis en esa alternativa, os diré que no.

—¿Que no?

—No, y mil veces no.

—¿De forma que no reconocéis en mi autoridad, alguna?

—Naturalmente.

—Pues bien; en ese caso, aunque con sentimiento, tendré que apelar á la fuerza.

—Haced lo que gustéis. No vayais á figuraros que yo me asusto de vuestras baladronadas.

Un momento despues comenzaba una sangrienta batalla.

No era solamente el valor el que les animaba á pelear tan rudamente.

La ambicion de mando, la sed de riquezas que devoraba á los dos rivales, les hacian acometer desesperadamente.

Pero la victoria se decidió en favor de Jorge Nieto.

Despues de matar á muchos españoles de los que capitaneaba Gil Gonzalez, y entre ellos á Gil de Avi-

la, su sobrino; despues de hacer numerosas prisiones, concluyó por hacerse dueño de aquella tierra.

Tambien su rival fué hecho prisionero.

Comprendiendo Nieto que Hernan Cortés no dejaria sin castigo el abuso que habia hecho de los poderes recibidos, tomó sus precauciones para estar al abrigo de lo que pudiera sobrevenir.

Capítulo XLVII.

En el que se verá que Cortés, despues de caer en el mayor desaliento con motivo de la traicion de Jorge Nieto, envia á Francisco de las Casas para castigarle.

Honda pena produjo en el corazon de Hernan Cortés aquella nueva deslealtad de uno de sus más queridos capitanes.

Recordaba con dolor las incesantes luehas que habia tenido que sostener hasta llegar al punto en donde se encontraba; se presentan á su memoria las intrigas que habia descubierto, las conspiraciones que habia deshecho, y en algunos momentos sentia que desmayaban sus fuerzas.

—De nada sirve, —exclamaba,—que un hombre conciba un pensamiento grande; de nada sirve que se sienta con un genio poderoso para realizarle; de nada sirve que tenga valor suficiente para arrostrar todas las privaciones, para desafiar los mayores peligros,